



Relatos de Salamanca
Colección Relatos Chilenos

Relatos originales: **Pedro Olivares Taucan**
Adaptación literaria: **Cindy Lizana**
Ilustración y Diseño: **Jennylee Chameng**

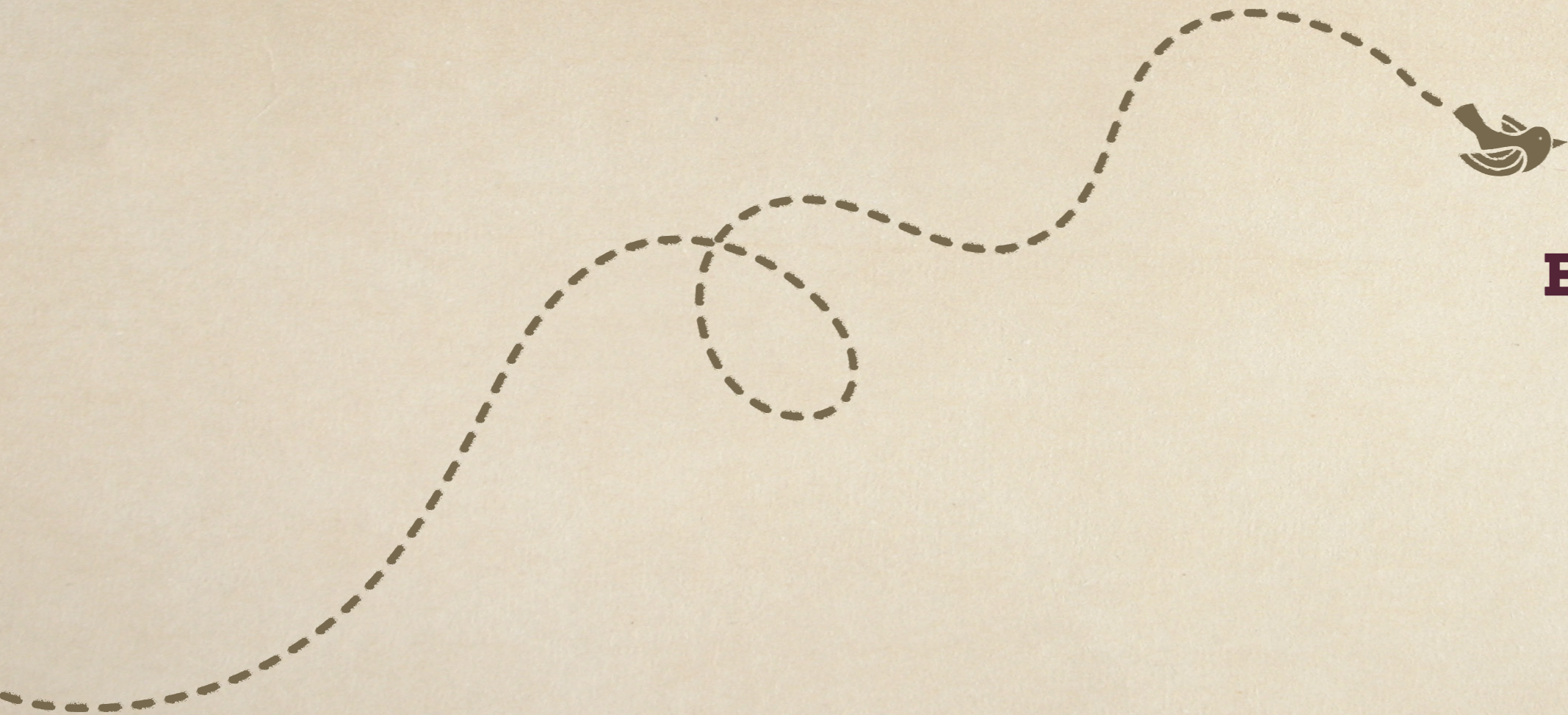
Primera Edición: Agosto 2013
Número de Registro: 123.456
ISBN: 123-456-7890-11-1
Impreso en Chile

Editorial Lorem Ipsum
Todos los derechos reservados



Relatos de **Salamanca** tierra embrujada

Relatos originales **Pedro Olivares Taucan**
Adaptación literaria **Cindy Lizana**
Ilustración y Diseño **Jennylee Chameng**



El Burlador
de los **Brujos**

La gente del pueblo decía siempre a don Guillermo: “no es bueno molestar a los brujos”, “algún día pagarás bien carito cada broma”, pero don Guillermo, desde siempre obsesionado con los brujos, insistía en hacerles preguntas truculentas y bromas de mal gusto.

Es que don Guillermo no entendía porqué la gente les teme tanto a los brujos. Él, por su parte, habiendo crecido en Salamanca, rodeado por ellos, se dio cuenta de que son personas más o menos corrientes: viven, comen, conversan, miran el cielo. De este modo, estaba convencido de que los brujos no eran poderosos como todos decían.





Las bromas de don Guillermo eran a menudo respondidas por gruñidos de los brujos. Este burlesco hombre, si bien pocas veces pudo sacar a los brujos alguna frase comprometedora, conocía las fechas de sus reuniones y estaba decidido a asistir.

Uno de los brujos, aprovechándose del ingenuo entusiasmo de don Guillermo, harto ya de las burlas y las faltas de respeto, decidió vengarse. Y en víspera de un aquelarre, le dijo a don Guillermo “te voy a llevar”.

Don Guillermo no cabía en su dicha ¡por fin podría estar en una verdadera reunión de brujos! Naturalmente, quiso ir bien presentado: se aseó cuidadosamente y se puso sus mejores ropas. Por otro lado, el brujo sabía que don Guillermo no creía que los hechiceros tuvieran poder alguno así que lo había invitado para darle una muestra del verdadero poder que en ellos habitaba.





Cuando ambos se encontraron en las laderas del cerro Manquehua para ascenderlo, según lo que habían acordado, don Guillermo sintió temor, pero de todos modos subió a la espalda del brujo.

Éste despegó por sobre los álamos y los bordes del cerro para llegar a la cima mientras don Guillermo, inquieto, oía las indicaciones del brujo sobre cómo debía comportarse en la fiesta: “no toques a nadie” y “lo que te sirvan, lo recibes”.




Ya en el lugar, un silencio espectral sumergió a los recién llegados. De pronto, don Guillermo divisó dos mujeres amigas suyas y sin poder aguantar, se abalanzó hacia ellas en un abrazo. Sin embargo, apenas las tocó, las brujas quedaron convertidas en polvo ante un aterrizado don Guillermo. Así su misma imprudencia comenzó a vengar las burlas que este señor siempre hacía.

Más tarde, Don Guillermo, notó que la comida era servida en relucientes platos de oro y una chispa de codicia inundó su corazón.

Entonces, recordó las instrucciones del brujo: recibir todos los alimentos pero no podría llevarse nada. Mas el hechicero conocía las intenciones de su huésped y sabía que tomaría sin permiso, por lo menos, un plato de oro.

Terminada la fiesta, el brujo y don Guillermo descendieron juntos. Don Guillermo, feliz de haberse quedado con el plato de oro reía para sus adentros. Entonces el brujo, consumando su venganza, le gritó con voz sepulcral “tanto que te dije que, no te traigas ninguna cosa y tú no me haces caso... ¡aquí te dejo!”. Al instante, el cuerpo de don Guillermo se puso rígido y fue enterrado en ese lugar.



A stylized illustration in a folk-art style. The background is a light teal color with a subtle pattern of horizontal wavy lines. In the center, a large tree with a thick, textured trunk in shades of red and orange stands. To the left, a large, dark brown frog with a patterned body is shown in a jumping or landing pose. To the right, a man with long red hair, wearing a dark brown hat and a red patterned jacket, is looking towards the frog with a surprised expression, his hands raised. The foreground is filled with various plants, including large green leaves and red flowers with white centers. The overall style is flat and graphic, using a limited color palette of reds, oranges, greens, and browns.

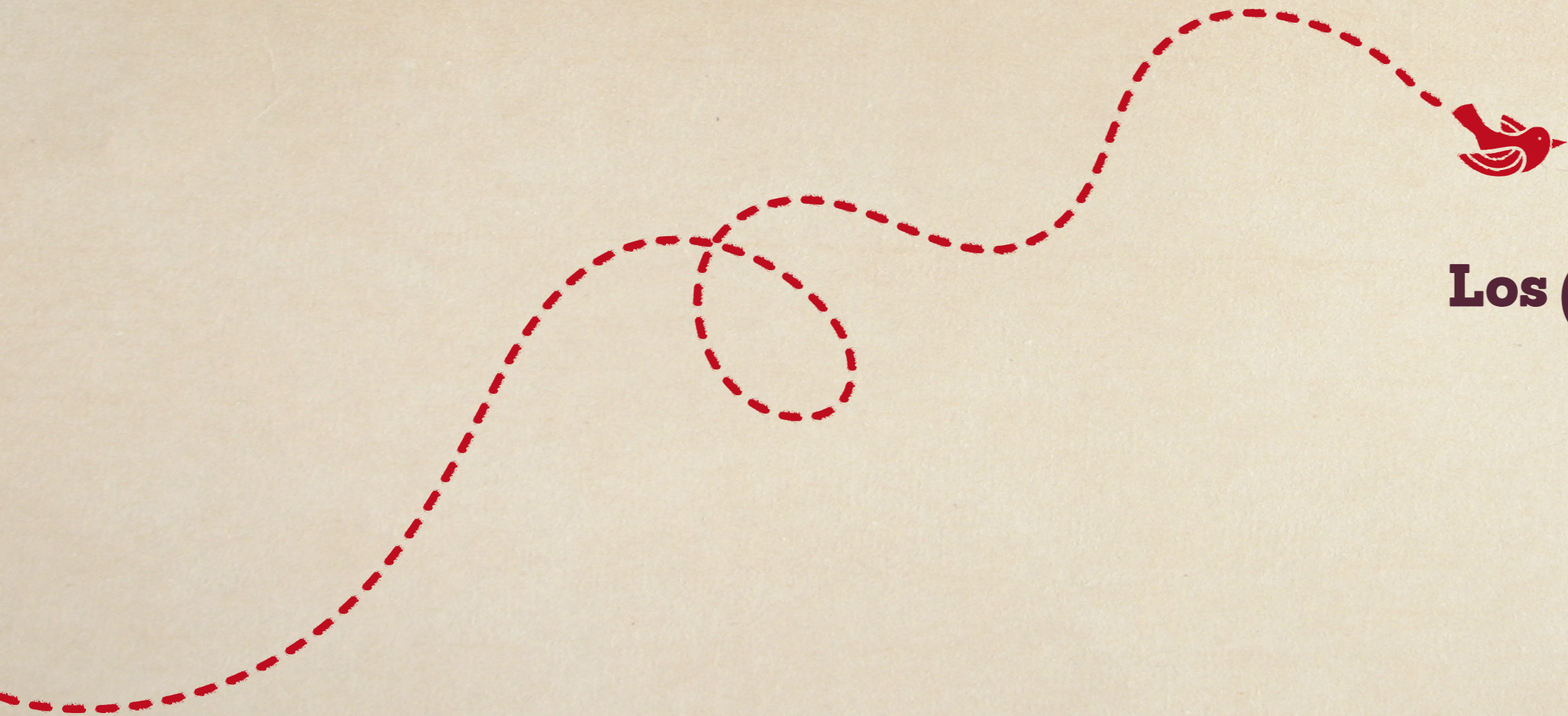
Cuando amaneció, el brujo ya no se divisaba y don Guillermo, sin saber si lo ocurrido fue sueño o realidad, intentó salir. Habiéndose desenterrado, buscó en sus bolsillos el plato de oro y encontró un sapo gigantesco y horripilante: lo arrojó al suelo con terror.

Esa misma tarde, estando ya en la seguridad del pueblo, se encontró con el brujo que lo había castigado y esta vez, las cosas fueron diferentes.



El brujo reprendió severamente a don Guillermo por haber robado el plato de oro y le exigió que lo repusiera, a lo que don Guillermo respondió que el plato se había convertido en sapo y que lo había arrojado.

El brujo, furioso, le ordenó buscar al sapo y don Guillermo, sabiendo que quizá nunca lo encontraría, pasó el resto de su vida en el cerro Manquehua buscando al sapo tras la risueña mirada del brujo burlador.



Los **Cuescos**
de **Duraznos**

No todos los brujos son malos. Los brujos malvados son los que se acercan al mal por medio de los libros de magia, los cuales enseñan a manejar fuerzas ocultas que terminan dominándolos para nunca más poder dejarlos libertad. Estos brujos, presas del mal, dan fama de mentirosos y malditos a todos los brujos, haciendo que las personas no quieran oír consejos que pueden salvarles la vida a ellos o algún ser querido.

Hay otros que adquieren poderes por su conocimiento de la naturaleza y los usan para el bien de los humanos corrientes: este tipo de brujos se denominan hechiceros o brujos de dios.

León era el nombre de uno de esos “brujos de dios”. Observaba la naturaleza y trabajaba con plantas medicinales para curar todo tipo de males. Era callado y sencillo, no se veía casi nunca en el pueblo de Salamanca pero cuando iba en busca de alguna mercancía se mostraba amable y respetuoso.

Don Jorge, un habitante del pueblo de Salamanca, tuvo mala fortuna y una enfermedad misteriosa cayó sobre su esposa. Muchos sanadores, varios videntes e incluso algunos doctores llegaron a casa de don Jorge pero no pudieron hacer nada por la enferma.



Hacía varios años que la mujer no mostraba indicios de mejoría pero don Jorge no perdía la esperanza. Es que en verdad amaba a su esposa: siempre le procuró todo lo necesario, le mostraba su cariño y trabajaba de lleno para poder tener una buena vida y un hogar feliz. Don Jorge era realmente un hombre bueno, trabajador y honrado... tan honrado que se mantenía alejado de los brujos.



Sin embargo la gente del pueblo le recomendó que visitara al brujo León. Don Jorge, temeroso y desconfiado, no quería pedir los consejos de un brujo, mas abatido por la enfermedad de su mujer, se dio cuenta de que era su la última oportunidad para poder sanarla.

Don Jorge acudió con recelo a casa de este hechicero y apenas entró a la casa del brujo León, éste supo lo que pasaba y le dijo a su visitante “tu esposa está gravemente enferma hace ya varios años”. Don Jorge perplejo ante las palabras del brujo, se quedó paralizado sin saber qué decir.





León percibiendo el miedo de don Jorge le dijo amablemente “Sé que me temes mucho pero si quieres tener a tu esposa sana deberás oírme y hacer lo que te diga. ¿Podrás hacerlo?”. El acongojado esposo asintió moviendo la cabeza.

El brujo dijo “debes saber que la enfermedad de tu mujer se debe a un mal provocado por unas personas que viven en tus tierras: una mujer y su hija”. Don Jorge recordó que justo antes de que su esposa cayera postrada, la mujer tuvo una discusión con unas supuestas brujas, las cuales se asentaban en su tierra. León continuó “tomarás tres cuescos de durazno, guardas uno y quemas los dos que simbolizan a las brujas. Así tu señora sanará”.

Don Jorge de camino a su casa pasó cerca de la pequeña casucha donde vivían las mujeres que León acusó de brujas y divisó tres mujeres: la madre y su hija, que se encontraban leyendo un libro sentadas al fresco de la tarde, y otra niña que, sentada junto a ellas, prefería contemplar el atardecer.

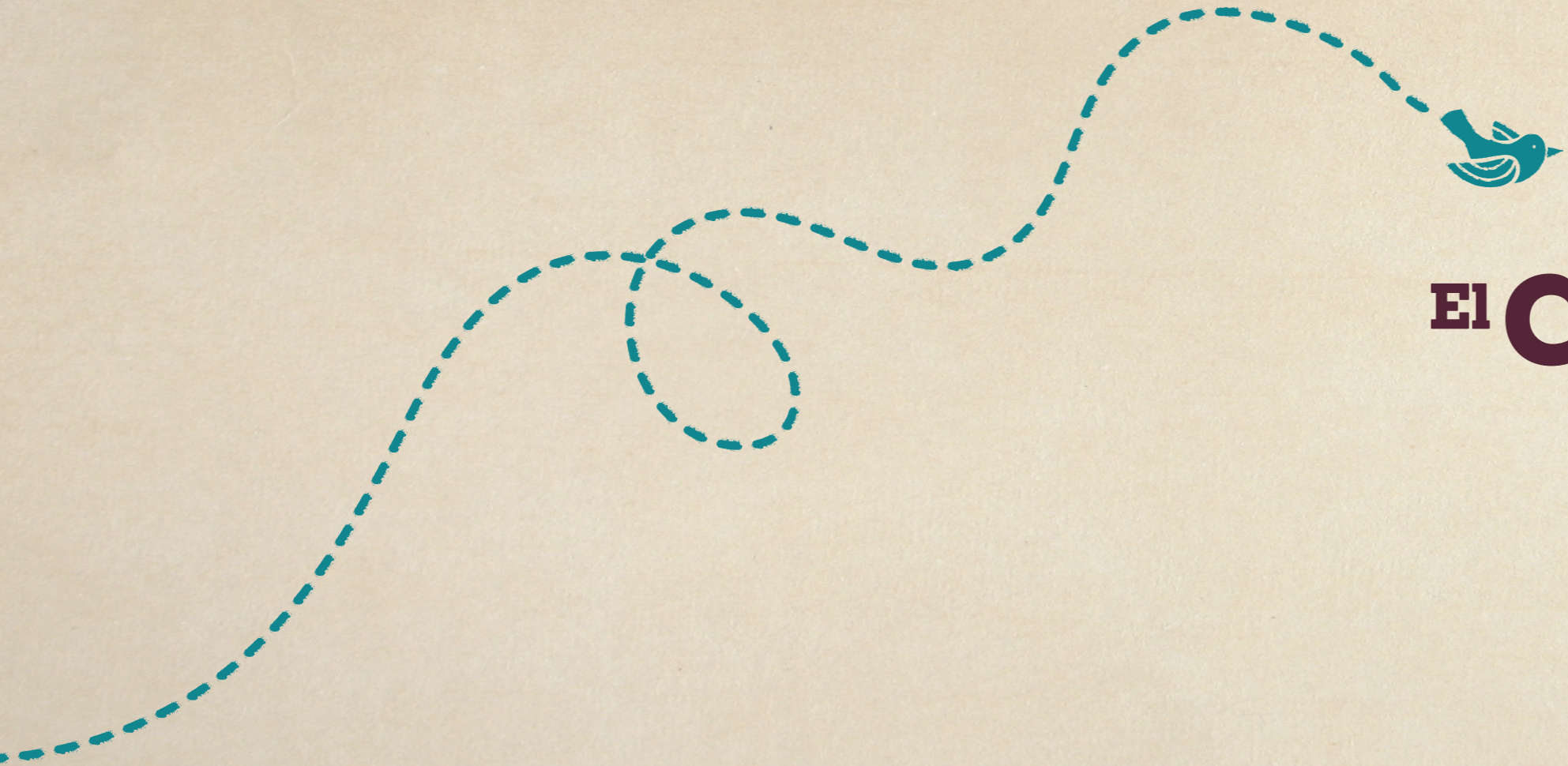




Al llegar a la casa, pensando don Jorge que las tres mujeres eran brujas, quemó los tres cuescos desobedeciendo al brujo de dios y matando de una fiebre fulminante a su mujer.



Don Jorge volvió a casa de León, furioso y contrariado, increpando al brujo de dios. León, reprobando con la cabeza los insultos del reciente viudo, dijo “yo no maté a tu mujer, tú lo hiciste. Te dije que guardaras un cuesco. Ésa era tu mujer”. El hombre lloró amargamente su error mientras que el brujo meditaba sabiamente “no hay remedio para la muerte”.



El Chasconcito
de Manquehua



Alberto era conocido en Salamanca como el chasconcito de Manquehua debido a su larga, sucia y enmarañada cabellera. El chasconcito era un cargador de leña que vendía en el pueblo lo que recogía en el cerro.

En su ir y venir desde el Manquehua a Salamanca, Alberto a menudo se encontraba con don Marcial, quien apenas lo divisaba se le acercaba rápidamente para pedirle dinero y oro pues pensaba que los brujos poseían riquezas en abundancia. No obstante, don Marcial se equivocaba: los brujos no poseen oro. El oro emerge desde las dimensiones misteriosas de la raja del Manquehua y los brujos que tomen parte de ese oro quedan inmediatamente endeudados. Tal deuda debe ser cancelada lo antes posible.

La cuestión es que los brujos, si bien son temperamentales y solitarios, no son en esencia malos. Los brujos realmente malos son aquellos que han sido absorbidos por los libros de magia negra. Pero el chasconcito de Manquehua era un brujo que no practicaba la magia de los libros sino que era de esos brujos amantes de la naturaleza, reflexivos y sensitivos. Por esto, sabía porqué don Marcial le pedía dinero de esa forma.

Con la llegada del tren a Salamanca llegó el progreso, el cual comenzó a robar el trabajo de la minería a la gente del pueblo empobreciéndolos. Así era difícil sobrevivir y más aún, si en la familia alguien enfermaba. Éste era justamente el caso de don Marcial: tenía un pequeño hijo enfermo que necesitaba urgentemente medicamentos.



Entonces, el chasconcito le dijo un día a don Marcial: “te voy a dar un poco de oro, tienes que aprovechar esta oportunidad...”. Don Marcial oyó muy atento las instrucciones del brujo: “te levantas temprano en la mañana, aparejas a tus burros y te diriges al portezuelo del cerro Manquehua. Allí es donde te dejaré una carga de oro”.





Don Marcial fue al lugar indicado pero sólo encontró bostas de vacuno, cosa que lo desilusionó en demasía. Pensó que de nada servía haber traído a sus burros y tantos sacos. Abrumado regresó a su casa y al pasar cerca de las bostas de vaca, a un burro se le atoró una entre las patas.

Pasaron unos días y don Marcial se dio cuenta de que su burro no caminaba bien. Le revisó las patas y vio una tremenda bosta entre ellas, durísima, como nunca había visto alguna. La arrojó al suelo y la torta no se rompió. Sorprendido, comenzó a golpearla fuertemente.

Tanto alboroto llamó la atención de la esposa de don Marcial, quien enterada de las particularidades de la bosta, la tomó y se dio cuenta de que parecía una brasa. Acto seguido la tiró al fuego. Don Marcial, sin más, continuó con su labor de recolectar leña.



Llegada la noche, la mujer notó que la bosta seguía en el fuego. Y al retorno de su marido le refirió tal cosa. “Déle con el cuento de la bosta, olvídate de eso y anda a acostarte” respondió el marido. Sin embargo, ella lo ignoró y sacó la torta del fuego: estaba pesada, dura, ennegrecida. La mujer la limpió y en ese momento se dio cuenta que era de puro oro.

La pareja pudo comprar remedios para su hijito e incluso algo lindo para la casa. Don Marcial comprendió que este extraño suceso se debía al ofrecimiento de oro del chasconcito. Entonces, volvió al portezuelo del cerro Manquehua a ver si encontraba más bostas pero nada. Una rabia tremenda lo poseyó y se sacó los cabellos de pura histeria al darse cuenta de la oportunidad que había perdido.



En Salamanca, cuando don Marcial se volvió a encontrar con el chasconcito Alberto le dijo: “oiga, fui al lugar donde me mandó y por puro accidente me traje una bosta y nada más y resulta que era puro oro. Cuando volví a buscar más, no había nada... ¿por qué no me regala más y así yo..?”. El brujo molesto lo interrumpió “perdiste pues, encontrar oro para mi no es fácil, así que nunca más me pidas oro”. Don Marcial se calló humillado mientras que el brujo se sorprendía de la codicia de las personas pensando “si ya compró los remedios para su hijo, ¿qué mas quiere?”.





Colofón

Relatos de Salamanca, tierra embrujada,
se terminó de imprimir el invierno del año
2013 en Santiago de Chile. Se utilizaron las
tipografías chilenas Sanchez y Andes en papel
bond Chambril de 140 gr.